

Torre Amerigui, Iván de la, ABCD n° 1.020, 26/XI/2011, pp. 26.

La metodología es tan simple como contundente. En su primera individual en Sevilla, Daniel Silvo (1982) transforma la larga entrada del espacio independiente El Butrón en un extenso pasillo flanqueado por pequeños escudos, alineados, ocultos y envueltos por cinta aislante negra. Una sala de mudos trofeos observantes y observados, de innegable valor estético que, sin embargo, sumen a visitante en una tesis paradójica. Visibilizando su contorno y reconociendo sus formas, el espectador no puede establecer comunicación con unos artefactos cuya única misión es la de establecer una divisa jerárquica, actuando como códigos coherentes de identificación que no cumplen su función. El mensaje, que de otro modo tampoco estaríamos en condiciones de descifrar (he ahí la absurda contradicción), nos ha sido hurtado por una interferencia incómoda: la actuación artística. Los vídeos *Nostalgia Ajena #1* y *Black and White Horses* (inquietante deconstrucción del film *High Noon* de Zinnemann) refuerzan este discurso.

Todo en Silvo gira en torno a la construcción del lenguaje, a la importancia de la percepción, a la reflexión contextual y/o histórica de la realidad más cercana. Pero el andaluz siempre pretende algo más: obligar al público a embarcarse en una reflexión de dimensiones políticas, estimulando su sentido crítico, sin perder de vista que este, para serlo, debe estar siempre teñido de sana ironía, controlada impertinencia e inexcusable relativismo.